

Carlos V de Flandes y su peculiar vivencia de los idiomas  
(lecciones del Siglo XVI, a la hora de otra mundialización idiomática)

Victor Valembois

*Las palabras son como pequeñas carabelas que sirven  
para descubrir nuevos mundos* Julio Cortázar

Al Dr. Roberto Marín, historiador, políglota y, en parte  
por eso, también humanista (demasiado modesto).

### 1. Mundialización y lengua : desde los ojos de Carlos V

No es tan heterodox defender una tesis según la cual, a la actual globalización la precedieron varios movimientos de alcance universal. Sería interesante, desde luego, confrontar aquello de una manera sistemática, confrontando en cuáles épocas surgieron esas tendencias mundiales, sus similitudes y diferencias, prototipo de hombre, lengua dominante y su repercusión en el medio en el que tocaba vivir. A no dudarlo, el siglo XVI, peculiarmente las primeras décadas, implicaron uno de esos ciclos integradores a nivel de todo el globo terráqueo. Llámese como quiera, si Descubrimiento o Encubrimiento, si Encuentro o Choque de dos Mundos, lo cierto es que desde que las carabelas de Colón tocaron tierra, al otro lado del Atlántico, esa “alteridad” hizo surgir preguntas generales y esenciales. Revelan la falta de preparación del hombre todavía más medieval que renacentista para la confrontación con el “natural”. Porque no se le entendía, rápidamente mereció el calificativo que ya los griegos habían acuñado para los extranjeros-extraños: “bárbaros”, es decir, balbuceantes e inferiores. No hay nada nuevo bajo el sol, y esa historia no tan cándida, con ribetes de intolerancia y racismo, se repite a los cinco siglos.

No me voy a ocupar aquí de toda la inmensa problemática de cómo lograron comunicarse “indios” y “europeos”, con qué signos y códigos tanto verbales como no verbales. Esa dimensión semiológica resulta cautivadora, pero distraería en el presente contexto. Tampoco ahondaré en el aporte de un puñado de franciscanos flamencos que, no siendo españoles, no impusieron su idioma a la gente a cristianizar, sino que aprendieron la lengua vernácula. <sup>1</sup> Me limitaré a levantar el velo del asunto desde la perspectiva biográfica y personal de otro originario de Flandes, una persona a la que las circunstancias orteguianas le llevaron la sorpresa de estar en el mero, mero punto crucial de la cuestión. Me refiero a Carlos V de Habsburgo, Rey de España de 1517 a 1555. En América Latina prevalece una imagen un tanto de ignorancia y dentro de ella, de negatividad, respecto de él. Por avatares de la historia, fue gobernante en las nuevas colonias hispanas: de manera que curiosamente Costa Rica y Bélgica, durante esas mismas décadas aludidas, tuvieron a ese mismo y único Jefe de Estado. Ciertamente, el mismo Emperador tuvo que ver bastante con una valoración negativa o de desconocimiento por acá, al haber centrado siempre su actuar más sobre Europa que sobre el Nuevo Mundo. Este, descubierto en 1492, tardaría décadas en ser valorado como tal (la hipótesis, en realidad, es si no estamos todavía en esas), de manera que tampoco es cuestión de echarle la “culpa” al rey por esa infravaloración. España y sus dependencias americanas no fueron para él sino un

trampolín, el medio financiero para sus intereses europeos. Sobre todo Miguel de Unamuno contribuyó a desacreditarlo, desde una visión peculiar de hispanidad: eso lo estudié ya detenidamente a partir de cantidad de referencias a Carlos V, en la revista costarricense el *Repertorio Americano*, de mano de profesor salmantino.

Van entonces unas cuantas reflexiones sobre el binomio mundialización – lengua, todo desde el ejemplo particular de ese Rey “en cuyos dominios no se ponía el sol”, según una frase acuñada y atribuida a él. Ahora bien, no tenemos probablemente la vocación imperial de don Carlos, pero en la actual globalización, desde un punto de vista idiomático y quizá inspirándonos en él, tengamos en todo caso los ojos bien abiertos a diversas lenguas.

## 2. La primera educación idiomática de Carlos V

El futuro rey de España nació en el castillo Prinsenhof de Gante, en la actual Bélgica, en 1500. Era y sigue siendo una ciudad importante en la región de Flandes, donde la gente hablaba (y habla) el flamenco. En otra parte he explicado la curiosa relación entre ese gentilicio y cierta práctica musical de España, coincidencia que se explica por relación de causa a efecto, del norte belga al sur andaluz, y que por cierto bastante tiene que ver con el mismo Carlos.<sup>2</sup> Viendo ese código lingüístico con ojos contemporáneos, debemos señalar de inmediato que esa lengua es estructuralmente la misma que el holandés y que juntos constituyen las dos expresiones regionales más importantes de un solo vehículo idiomático llamado mejor el neerlandés.

La actual globalización hará multiplicarse los casos de hogares bilingües o de chicos educados en otro idioma que el del medio; pero se trata de una realidad antigua: no siempre el que nace en alguna parte suele tener necesariamente la lengua de allí como la suya, desde su infancia. Siempre conocerá rudimentos de ella, porque ahora y antes “el medio jala”, pero otra cosa es la identidad profunda, desde la lengua, que dan la educación y el hogar. En otros términos, si se aplicara a Carlos V un criterio idiomático que al final de su reino se fue imponiendo en lo religioso (aquel de qué “del que es la región, de él va a ser también la religión”<sup>3</sup>), y si esa política se aplicara al aprendizaje idiomático, el joven en cuestión debía de ser de habla flamenca, como el común de la gente en los “Países Bajos” de entonces. Pongo la referencia geográfica entre comillas, porque la aplanadora globalizante que nos rige hace perder el sentido diacrónico de las palabras, siendo que modernamente esa denominación se restringe a lo que ahora, también erróneamente se llama “Holanda”, con una parte por el todo. Carlos V no hablaba holandés o flamenco desde la cuna, no por capricho de los padres, sino por sendas razones, unas de tipo político, otras de clase social.

Respecto de lo primero, más que por una especie de derecho del suelo aplicado a la enseñanza de la lengua materna, en este caso prevalece el derecho de la sangre. Carlos el Temerario y Felipe el Hermoso, precursores de Carlos, en primer y segundo grado, fueron típicos burgundios que lucharon por resucitar y ampliar esa cuña histórica que había surgido en el mapa del Viejo continente a la muerte de Carlomagno, cuando este había dividido su reino “europeo” en tres partes. Pero el sueño de grandeza se había truncado en 1470 con la muerte del abuelo, enterrado en Brujas de Flandes<sup>4</sup> y en 1506, con la muerte de Felipe el Hermoso, el padre de Carlos, acaecida por cierto en 1506, en España, en plena búsqueda de la corona española. Desde una perspectiva idiomática, los antepasados de Carlos eran francófonos y por razones políticas la clásica oposición entre “natura y cultura” se resolvió del lado galo, para ese último polo. Por cuna y por formación nuestra figura estelar también fue ante todo un burgundio. Su visión de mundo, reflejada en un idioma, sería entonces y para siempre de habla francesa, pese a su lugar de nacimiento, y pese a sus estadías

prolongadas en otras ciudades diversas de habla flamenca, muy queridas por él, como Malinas y Oudenaarde, todas originalmente de habla flamenca o neerlandesa, como lo son todavía.

Aparte de esa razón de orden ideológico y geopolítico, en segundo lugar hubo también una de tipo clasista. La juventud de mi “compatriota” Carlos mucho tiene que ver con Bruselas, ciudad cuyo nombre es flamenco e históricamente ha evolucionado hacia la capital, hoy bilingüe, de Bélgica. Es que en esa monarquía, ahora constitucionalmente federal precisamente por situarse en la encrucijada de dos culturas (la germánica y la latina), el neerlandés históricamente se asoció más bien con la masa de extracto popular; en cambio el francés preferentemente se practicaba por la gente noble y aristocratizante. Pese a que su madre era hispana, la famosa Juana “la loca” (1479-1555), Carlos casi no la conoció y tampoco fue la que lo educó. De manera que allí también interviene ese otro factor: su nodriza puede haber sido flamenca y utilizar ese vehículo comunicativo, pero lo que técnicamente llamaríamos la lengua “materna”, en el caso de don Carlos, fue el francés. Su preceptor, Adriaan Boeyens era de idioma flamenco, pero está por verse si éste (el futuro Obispo de Utrecht y después conocido como Papa Adriano VI) le enseñaba en ese idioma o en francés. La convivencia de varios idiomas siempre evoca delicados problemas y connotaciones. Subrayo aquí ese aspecto de clase. Apoyado en el razonamiento político, además de clase, señalados, pongo algo en duda la afirmación de Pérez, según la cual Carlos V “hablaba corrientemente flamenco”.<sup>5</sup> Independientemente de la distancia física entre España y Flandes, eso seguramente habría contribuido a impedir la sublevación de sus conciudadanos de Gante en ese cruel año de 1539, estando el Rey a otro lado de los Pirineos. Señalan incluso algunos, mal intencionados en ese contexto de connotaciones y de peso relativo de las lenguas, que el famoso Carlos sí hablaba flamenco, pero sólo ... con su caballo.

Es interesante recalcar que el futuro gobernante, desde el principio estuvo confrontado con multitud de sistemas verbales, desde luego no sólo por esa cuna dorada (la expresión flamenca de “Prinsenhof” significa “corte de príncipes”), sino por el país en que le tocó pasar sus primeros diecisiete años, nada menos. Creció en Flandes, la región que llevará en el corazón y que por eso, más tarde quiso que quedara unida a la corona española. Pero a su vez, eso no fue sino una parte de un reino bastante mayor, fragmentado en términos geográficos, así como un auténtico mosaico en lo cultural-idiomático: aparte del flamenco, dependiendo de la ubicación en el mapa (adjunto), la gente se expresaba y se sigue expresando en esos albores del siglo XXI, en frisón (al norte de Amsterdam), en francés (por ejemplo en Artois) y en alemán (al este). Para completar el panorama habría que señalar que el inglés Tomas Moro captó sus primeras impresiones para su famosa Utopía en la cosmopolita Amberes (Anvers, aquí en el mapa en francés), cuya primera edición consta en la ciudad universitaria de Lovaina.

Recalco este confluir de lenguas y culturas, signo de toda globalización, por su huella en la configuración sustancial de Carlos V a su visión de mundo y porque contrasta con el monocultivo, tanto lingüístico como cultural, al que los países centroamericanos han estado acostumbrados, durante siglos, confrontados ahora violentamente con la globalización de sello esencialmente anglosajón, teniendo ésta una lengua dominante que es el inglés “made in USA”. La mundialización en la que vivió nuestro guía se estructuró todavía con fuerza en torno a otro vehículo expresivo: el latín. Juana la Loca, su madre, primogénita de los Reyes Católicos, había recibido una esmerada educación y leía corrientemente en latín<sup>6</sup>, caso excepcional, desde luego, tratándose además de una persona de sexo femenino (y felizmente a las puertas del Siglo XXI las mujeres ya no tienen excusas para ser ciudadanas del mundo). El latín seguía como idioma de los grandes, sobre todo los intelectuales, cuyo modelo epónimo lo constituye Erasmo, durante años consejero de Carlos V. El

humanista cristiano (por cierto mucho más flamenco <sup>7</sup> que “de Rotterdam”, como se le conoce por su lugar de nacimiento) le dedicó varios trabajos al “César Carlos”. Constan entre otros los *Consejos para la educación de un príncipe* . <sup>8</sup> En este ensayo no encontré por cierto alusiones a una política idiomática para gobernantes internacionales, cosa que sí figura <sup>9</sup> en otro trabajo del mismo intelectual, *Iniciación precoz de los niños en las buenas letras* “evidentemente” igual, en latín. Llama la atención la insistencia, siempre válida, en el aprendizaje muy de joven de los idiomas.

### 3. Una aplicación concreta de “la lengua es compañera del imperio”

A ese Carlitos de esta historia ejemplar, le tocó entonces jugar con cuadritos, pero rápidamente el foguearse en la interferencia de idiomas se le impuso como deber patriótico y familiar (para su clase, esos dos últimos términos eran casi sinónimos). Pese entonces a ser flamenco de origen, en realidad fue francófono, cosa que se visualiza claramente en que se servía del francés en la correspondencia con sus hermanos y hermanas. <sup>10</sup> Podemos seguir sus pasos biográficos y observar, de paso, su crecimiento hasta transformarse en un políglota. Es una destreza y una manera de ser que merece reconocimiento y puede seguir de modelo, a los quinientos años exactos de su nacimiento, en otra mundialización, la que nos toca a nosotros. Pero más allá de ese camino un tanto anecdótico, en el presente punto me interesa destacar cómo el crecimiento idiomático y personal de Carlos V, en realidad fue guiado por un fino olfato político, en el que el idioma no puede ser un fin o una decoración en sí, sino un medio: ignoro si *El Príncipe*, de Maquiavelo contiene sugerencias sobre aprendizaje de lenguas para los candidatos a gobernantes (cosa que ahora es condición *sine qua non*), pero pareciera que Carlos había sacado esa lección por su cuenta: todo su posterior aprendizaje y desempeño idiomáticos se verían bajo la lupa del provecho que le podría sacar en términos políticos.

En 1521 el flamante Rey español había prometido casarse con María, la hija de Enrique VIII de Inglaterra, la cual sólo tenía entonces cinco años. No tiene gracia, para un veinteañero, hacer este tipo de enlace con una infante (literalmente: que todavía no habla... o casi), pero en aquellos tiempos, esas reflexiones totalmente legítimas para nosotros, no valían. Se imponía la razón de Estado (y esa última palabra acababa de ser importada del italiano al francés como a todos los idiomas occidentales, por herencia “maquiavélica”). Por eso (aparte de que todavía no había nacido un inglés-universal de nombre Shakespeare), el ya gobernante no se empeñó en ese idioma, por lo que, definitivamente, cinco siglos después, en ese aspecto no nos sirve de acicate... Pero como en todo joven adulto, prevalecía la idea del matrimonio: “me quiero casar, con una señorita,... que sepa bordar” <sup>11</sup> y que sepa ... español, como adaptaríamos al caso concreto la cancioncilla popular. En 1526, Carlos V eligió entonces como consorte a su prima hermana Isabel, hija del rey de Portugal. No sólo era más madura, sino que ofrecía además al Rey foráneo la ventaja política de ser considerada como española. <sup>12</sup> Fue un feliz matrimonio, con mucha comunicación, pero no longevo porque, cosa corriente en la época, un parto le cobró la vida a los doce años de casados (1539). Esperemos para ella que su esposo también manejaba algunas palabras en portugués, porque no hay como un consuelo en el idioma de uno.

Es sumamente aleccionador ver la transición progresiva, políticamente meditada, que efectuó Carlos V, de francófono a hispanohablante. Su inicio en el español se vio obligado, por esa herencia grandemente fortuita, pero no resultó nada afortunado, cosa que se deduce históricamente por dos razones. Está primero su actitud, terca como de buen flamenco, en cierto desprecio por el aprendizaje del castellano: pese a las colonias, definitivamente para él más importante eran el norte europeo y la corona imperial. En un informe desde Bruselas, un eclesiástico español lo ubica frente a un compatriota y superior jerárquico de la siguiente manera:

*Su Alteza no sabe ni una palabra de castellano, aunque lo entiende un poco. Es cosa muy grave que ya se ha hecho observar y se han dado los consejos oportunos, pero nada se ha hecho hasta ahora de lo que convendría .* <sup>13</sup>

La cosa llegó incluso a la confrontación de la que tanto alarde hizo Miguel de Unamuno: al quitar Carlos V los fueros a las ciudades ibéricas, eso desembocó en los sangrientos sucesos de 1520-21 y la rebeldía fue severamente castigada. Diálogo no hubo, no pudo haber, con un hombre que ignoraba la lengua vernácula y la tenía en menos, en comparación con los idiomas del norte.

En segundo lugar está el hecho de que en los primeros años Carlos V se rodeó casi exclusivamente de consejeros de su tierra. Antes de llegar a Santander, a fines de julio de 1517, había nombrado al Cardenal Cisneros, español, como regente, pero asesorado por su propio preceptor, el citado Adriaan Boeyens. Los dos clérigos podían hablar en latín, por si acaso. Una vez en Madrid, el Rey se rodea con gente de su casta y de su idioma: flamencos, pero francófonos, como él. Lo mismo que con el caso de los franciscanos aludidos, el aporte de coterráneos de Carlos V en los primeros años de su reino se ha estudiado poco y se ignora grandemente, por prácticas erróneas y hasta mal intencionadas, como si los apellidos se tradujeran (¿una lección también para la actualidad?). Es así como el famoso Guillaume de Chièvres <sup>14</sup> (su canciller que murió en 1518) y Jean Le Sauvage, ambos por sus apellidos, francófonos inconfundibles, en varios escritos hispanos se transforman en “Guillermo de Cierva” y “Juan Selvagio” respectivamente. <sup>15</sup> No todo fue flexibilidad cultural e idiomática de parte de esos prepotentes rubios, cosa que por cierto contribuyó al rápido descrédito del gentilicio “flamenco” en esos años. <sup>16</sup>

Lo importante para Carlos V (e indirectamente para nosotros, cada uno en su propia mundialización) es que él aprendió de sus errores. Por la negatividad de los ibéricos respecto de sus intereses alemanes, se empeñó en convertirse en “auténtico español” y se puso a aprender castellano. ¿Estrategia? Digamos que sí: “Madrid bien vale una misa” podría haber pensado, en aplicación anticipada a la histórica frase de su colega francés; pero digamos también que no, porque la realidad se impone: no se puede vivir, además de reinar en un país, por largas décadas además, sin aprender inevitablemente sus códigos expresivos. Por cierto, durante el reinado de Carlos V se mantuvo interés por las pertinentes lecciones que Antonio de Nebrija había dado a su abuela, la Reina Isabel la Católica: ya en 1492 el gramático había proclamado el interés de asociar el gobierno con una política idiomática, todo bajo el lema que aquí sirve de título de este punto: cultivando el binomio lengua - imperio. <sup>17</sup>

En lo interno, el flamenco Carlos adoptó ese método, por lo que el castellano cada día más se reforzó como sinónimo de español, peninsular (excepto Portugal): ahora es la lengua de cuatrocientos millones de hispanohablantes. Pero eso no surgió de la noche a la mañana, sino como herramienta de poder. Por eso, Hernán Cortés, felizmente con educación en Salamanca (Castilla la Vieja), no tiene mayor problema en informar a su jerarca en el idioma oficial que corresponde, pero a saber si no tuvo que pulir conscientemente su léxico y su sintaxis para evitar de hablar en su expresión regional. Respecto de política idiomática en España, se sabe también que, en tiempo de Carlos V, la minoría morisca se vio conminada a abandonar su idioma, sus costumbres y su religión original, si bien el rigor de las medidas no alcanzaría nunca la intransigencia empleada contra los judíos conversos. <sup>18</sup>

Ahora bien, no sólo durante la conquista de la Corona imperial, sino después de la irrupción violenta del protestantismo y la amenaza turca, todo ello obligó al Rey a ausentarse frecuentemente de España. Cada problema de esos implicaba un abandono momentáneo del español. Combativo

hombre de estado, Carlos V tomó parte en forma activa en muchas instancias. No estuvo CNN, como para filmar su defensa ferviente de la unidad católica, pero ¿en qué idioma se confrontó con Lutero <sup>19</sup> en la Dieta de Worms de 1521?; ¿en qué idioma le escribió al Papa Clemente VII, en julio de 1530 señalando que “sólo hay una solución, el concilio” y en qué lengua 1541 presidió personalmente, en Ratisbona, uno de los debates de reconciliación? Fueron esfuerzos, por décadas, pero en vano, ya que a la postre, la paz de Augsburgo (1552) supuso el final de tantos empeño: se impuso la división religiosa. <sup>20</sup>

Noto contradicciones entre los estudiosos del asunto “lengua” en el Emperador: Pérez señala que “nunca consiguió aprender alemán; en cambio Sansovino afirma que “llegó sin embargo a aprender el español y el alemán”. <sup>21</sup> Una preguntita que se impone, para entonces como para ahora, es: ¿qué se entiende por “dominar” un idioma? ¿Puede uno siquiera en su idioma materno asegurar que domina todo y a la perfección? Sin duda, a partir de buenas bases de flamenco, que por de pronto no estaba tan alejado todavía del alemán, el Rey hizo serios esfuerzos de comunicación, en sus facetas del escuchar y del hablar. En todo ese conflicto religioso ya tambaleaba muy fuertemente el vehículo único del latín, que Carlos V por cierto nunca manejó y no hubo ni visos, entonces, de aplicar, fuera de España, la lección imperial idiomática de Nebrija. Es que tampoco había ni asomo de unidad alemana ni de políticas paneuropeas. Los países del norte europeo mostraban una gama de idiomas y de culturas, igual ahora, en una creciente estructura política coordinada.

Hubo, sin embargo, un momento especial en que la francofilia de Carlos cedió, por razones estratégicas: fuera de España, utilizó el español como marca de grandeza. Fue nada menos que en Italia, con motivo de su coronación. En esa ocasión, ante el mismo Papa Clemente VII, Carlos V pronunció un vibrante discurso en español <sup>22</sup>, cosa que podría interpretarse hasta como otra falta de respeto, después del saqueo de Roma por sus tropas. El hecho de que el Emperador del Sacro Imperio Católico (con un título esencialmente vinculado a tradiciones del norte europeo y particularmente a lo que ahora llamamos Alemania), se dirigiera a su anfitrión y a su público en ese idioma, sin duda ha de explicarse más bien como un momento de conciencia para la grandeza del imperio español. La escogencia de ese preciso vehículo verbal era también un símbolo, la conciencia de representar una monarquía española y sus colonias que, desde entonces, seguirían siendo un bastión para la Iglesia Católica. De hecho, ante la queja del embajador de Francia, el Rey argumentó:

*...entiéndame si quiere; y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española. La cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana.*

Se trata finalmente de un indicio, un momento de lucidez, respecto del espléndido porvenir que le esperaba a esa lengua, verdaderamente mundial también desde entonces, más allá de su añorado francés. Debe haber sido grande, a escala continental, la resonancia de ese atrevimiento político e idiomático. <sup>23</sup>

Carlos V consiguió desde luego expresarse con fluidez en español, lengua que por lo demás usaba para las cartas a su esposa y a sus hijos. En su reinado se detecta cierto acercamiento, cierta empatía que el dominio de lenguas favorece: a medida que él se hispanizó y españoles se sintieron orgullosos de ser gobernados por un hombre de su talla. <sup>24</sup> Todo lo cual no puede exagerarse, constan ciertamente muestras también patentes de que, él seguiría admirando y practicando la lengua francesa. Hallaba gran placer en hablarla, en leerla hasta sus últimos días. *Las puertas del cielo*, una reciente obra teatral, de manos del francés Jacques Attali, con base en datos históricos evoca los

últimos días del monarca. Entre los personajes se encuentra Guillermo van Male, otro flamenco, pero francófono, de Amberes (como se señala en p. 114 de la obra). Era “diplomático e intelectual y consejero de Carlos desde hace doce años” <sup>25</sup>. También se evoca varias veces al Dr. Mathys (desde luego también flamenco, por el apellido), el cual constituiría otro galeno de allá al lado del bruselense Vesalio (Van Wezel, en su nombre no latinizado) que acompañó durante años al Emperador. Consta también que hasta la vejez Carlos V guardó aprecio por un libro en francés: el *Caballero, con toda intención*, una especie de poema alegórico de caballerías, del cronista borgoñón Olivier de la Marche. Cuando el Emperador, al final de su vida, se retiró a morir en el monasterio de Yuste, en la remota Extremadura, se llevó un ejemplar. <sup>26</sup>

Para finalizar este punto quisiera acoplarme a la afirmación lapidaria del consejero del Rey, en el sentido de que “la patria de uno no es tanto la que nos vio nacer, sino la tierra en la que se escoge morir”. <sup>27</sup> Lo primero es circunstancial; lo segundo implica un acto de libertad. ¡Vaya que Carlos V, flamenco de cuna, pero moribundo en España, constituye ejemplo patente de lo anterior! Surge inmediatamente la necesidad de la aplicación actual: ¿somos costarricenses sólo por haber nacido aquí o tener ese pasaporte, o más bien conviene enriquecer la idea de “lo tico” de la manera más creativa posible, guardando lo que sirve de “lo nuestro” (pero podando lo que no), aprovechando “lo ajeno” en lo que nos puede enriquecer (pero botando lo inútil)?

#### **4. De Carlos V, (también) europeo, a Felipe II, español (solamente)**

Pretendo en este penúltimo punto ahondar en una serie de criterios respecto de la importancia de los idiomas, en sendas mundializaciones, confrontando las posturas divergentes de padre e hijo. Desde luego, nadie discute que España forma parte de Europa, pero entiéndase que si para Felipe II los Pirineos representaban una frontera geográfica y una barrera idiomática; para Carlos V no era así, gracias a su esfuerzo.

Partiendo de experiencia y de deficiencias propias, el progenitor se tomó varias veces la molestia de insistir ante su vástago sobre lo vital, sobre todo para un gobernante, de manejar diversos códigos expresivos. En 1543 le escribía :

*...si a todos es necesario, pienso hijo, que a vos más que a nadie, porque veis cuántas tierras habéis de señorear, en cuántas partes y cuán distintas están las unas de las otras y cuán diferentes de lenguas; por lo cual, si las habéis y queréis gozar, es forzoso ser de ellos entendido y entenderlos, y para esto no hay cosa más necesaria ni general que la lengua latina. Por lo cual yo os ruego mucho que trabajéis de tomarla, de suerte que os atreváis a hablarla de corrido; tampoco sería malo saber algo de la francesa....* <sup>28</sup>

Pero el adolescente que era Felipe entonces ya (nació en 1527), no hizo caso. En 1549, Carlos I y el futuro Felipe II hacen juntos un viaje por los Países Bajos, ocasión en que tampoco hubo aprendizaje, aunque sea para entender a los súbditos. Frustrante es cuando el hijo no supera al padre, aprovechando las circunstancias que se le brindan. Prueba de ello es que cuando, en 1555 y en Bruselas, “papá-Rey” abdica, el retoño no se muestra a la altura: Felipe II no puede contestar en francés a su padre y otro tiene que tomar la palabra por él. <sup>29</sup> No es un detalle, sino que la capacidad idiomática marcó dos estilos y dos ámbitos de gobernar: más allá de leyendas (negras y de otros colores), a la luz de la actual construcción de la Unión Europea, en parte como respuesta subcontinental a una globalización de ímpetu norteamericano, Felipe II aparece como un simple rey

transpirenaico, en cambio, como lo señalan las publicaciones recientes <sup>30</sup>, Carlos V resurge como auténtica figura de proa para la nueva Europa.

## 5. Conclusión : ver “más allá”, por medio de las lenguas

La trayectoria personal de Carlos V, en su heroísmo y su mezquindad, sirvió para iluminar contrastivamente la conveniente prestanza de idiomas en dos mundializaciones. No es una cuestión de suerte, sino de vivir plenamente la circunstancia que nos toca. Nuestro personaje no tenía brillante inteligencia y su deforme mandíbula hasta se podría considerar modernamente como caso de invalidez para el aprendizaje de los idiomas. En seguida, tampoco disponía de todo el aparato tecnológico del que todo hijo de vecino, con un poco de voluntad y de organización, puede disponer para el aprendizaje de lenguas: no tenía él, como nosotros, acceso a programas audiovisuales de todo tipo (cine, casetes, disk-man, etc....) para dominar una nueva lengua. El Rey utilizaba un método un tanto más primitivo, al alcance de su época : había hecho traducir las Memorias de Philippe de Commines <sup>31</sup>, del francés a todas las otras lenguas que conocía, a fin de recordarlas, practicarlas y mejor retener la dicha historia.... <sup>32</sup> Tengo para mí que con la actual facilidad de adquisición de libros y hasta de fotocopias, ese sigue siendo un método original y válido, digno de reflexión para uso contemporáneo.

Esta historia “ejemplar”, debe además mantener una idea, muy vieja y muy moderna, en permanente vigencia: la visión de los idiomas como medios de apertura hacia nuevos mundos, sea como carabelas, para referirnos a la mundialización del siglo XVI, sea como “ventanas” (en el inglés de Mister Gates: “windows”, como sus programas de computación), para éste nuestro Siglo XXI. Los medios tecnológicos han cambiado una barbaridad. Pero el hombre, en su definición individual, acomodaticio o empeñoso, pese a sus limitaciones, sigue siendo el capitán del barco, el navegante diríamos ahora, con una terminología que a su vez aún épocas ancestrales y tiempos contemporáneos.

No es entonces tanto un asunto de tecnología y de recursos externos, como de actitud. La orgullosa divisa de Carlos V era en sí una audacia: fuera las barreras, las limitaciones de la índole que sea: ¡Plus Oultre!, “más allá”, con espíritu de superación. <sup>33</sup> Con un lema opuesto al de Hércules y los antiguos que consideraban Gibraltar como un límite, Carlos V rompe los candados mentales, hacia el oeste con América, hacia el noreste con el Sacro Imperio Alemán. En lo idiomático igual, se encuentran aplicaciones biográficas a su empeño:

*cuando platicaba sobre la belleza de las lenguas, repetía a menudo que, según los turcos un hombre valía tanto como lenguas sabía; de forma que si un hombre honrado hablaba nueve o diez suertes de lenguas, sentía por él solo, el mismo respeto que hubiera sentido por otros diez.* <sup>34</sup>

Esta debe ser la lección principal de la confrontación en cuanto al peso de los idiomas en dos mundializaciones: ¿No sería provechoso que cada uno de nosotros se inspirara de ese modelo vital, no para tener ínfulas de emperador, sino para abrir horizontes idiomáticos “más allá”?

## BIBLIOGRAFÍA

Attali, Jacques: *Les portes du ciel*, Librairie Fayard, Paris, 1999.



Barón, Enrique: *Europa en el alba del milenio*, Acento Editorial, Madrid, 1999, 271 páginas, con interesante subcapítulo “De las huellas imperiales de Carlomagno a la monarquía universal de Carlos V, pp. 45-50.

Caso Antonio: “Plus Ultra”, en *Repertorio americano*, San José, Costa Rica, 1923, Vol. 7, n° 9, pp. 133-34.

Durán, Juan: *Bartolomé de las Casas ante la conquista de América*, Editorial UNA, 1992, 347 páginas.

Gérard, Jo: *Le siècle des géants*, Editions Meddens, Bruselas, 1964, 144 páginas.

Pérez, Joseph: *Carlos V, soberano de dos mundos*, edición original en francés, en Gallimard, París, 1964; en español, Ediciones B.S.A., Barcelona, 1998, Biblioteca de bolsillo Claves, 160 páginas.

Madaraga de, Salvador: *Carlos V*, Grijalbo Mondatori, 1969, Madrid, España, 256 páginas.

Stols Eddy y Bleys Rudi, *Flandre et Amérique Latine*, Fonds Mercator, Amberes, Bélgica, 1993, 401 páginas.

[1](#) Ver el estupendo libro de Eddy Stols, citado en bibliografía. Contiene un excelente trabajo sobre “Las órdenes mendigantes en América Latina”, de mano de Werner Thomas, con abundante información sobre el papel de los misioneros flamencos en la colonización inicial (pp. 91-111).

[2](#) Ver : “Lectura ‘flamenca’ del ‘Burdel de las Pedrarias’”, ponencia a partir de la novela de Ricardo Pasos, San Salvador, julio del 2000.

[3](#) “Cuyus regio, iliusque religio” (o también: “cuius rex eiusque religio”) fue la frase y la política adoptada en diversos estados europeos de conformidad con la disgregación de la original unidad católica, a causa del protestantismo que, por de pronto, mucho tenía también de reivindicación de los idiomas regionales.

[4](#) El mapa adjunto visualiza en términos cromáticos una serie de regiones, desde el norte de Ámsterdam hasta el sur de Besançon, “en sandwich” (diríamos ahora influidos por la moderna globalización alimentaria), entre los contornos actuales de Francia y Alemania. Es una prefiguración de la actual “Unión Europea”. Flandes formaba parte de la original “Lotaringia” que se transformó en la utopía de un reino burgundio, cortado de raíz con la derrota de Carlos el Temerario ante los franceses.

[5](#) Pérez, p. 90

[6](#) Pérez, p. 28.

[7](#) Habrá que volver sobre ese punto, por su profesorado en Lovaina, su casa en Anderlecht y la creación, en la Universidad Católica citada del Colegio Trilingüe (las lenguas clásicas latín, griego y sánscrito), que todavía existe.

[8](#) Se trata de Institutio Principis Christiani, cuya primera edición es de Lovaina, Bélgica, en 1516.

[9](#) De Pueris statim et liberaliter instituendis cum aliis compluribus ..., publicado en Basilea, en 1529.

[10](#) Pérez, p. 90.

[11](#) Eso sí, en ese entonces, si bien había ya leche, y en abundancia, entre dos o más pinos europeos, no había todavía arroz...

[12](#) Nos señala Pérez: “Cabe recordar que en esa época el término “España” englobaba la península ibérica en su conjunto, hasta el punto de que el poeta portugués Camoens, que tanto ensalzó las proezas de sus compatriotas (...) llegaría a afirmar que tanto portugueses como castellanos eran españoles. (p. 38)

[13](#) Del Obispo Alonso de Manrique al Cardenal Cisneros, arzobispo de Toledo, Bruselas, 8 de marzo de 1516. (Pérez, 130)

[14](#) Muy bueno, según Las Casas en su Historia, III, p. 186 (citado y comentado en estupendo libro de Juan Durán); el diablo en persona según Unamuno (ver el estudio citado). Se trata de Guillaume de Croy, Monsieur de Chièvres (castellanizado a veces como Xevres o Xebres).

[15](#) Ver por ejemplo en la “traslación castellana” de las Obras Escogidas de Erasmo (Ed. Aguilar, Madrid, p. 1964, p. 116)

[16](#) Ver la misma referencia a mi trabajo sobre la novela *El burdel de las Pedrarias*, al principio.

[17](#) Ver mi artículo: “De Nebrija al anglicismo en América Latina”, revista Comunicación, del Instituto Tecnológico de Costa Rica, Cartago, volumen 8, n° 2, diciembre 1995, pp. 26-32.

[18](#) Pérez, p. 55.

[19](#) “En el texto del juicio, escrito de su puño y letra, contra Lutero en la Dieta de Worms, el Emperador explicó la defensa de la fe en términos de obligación dinástica” : cito por “Europa en el alba del milenio”, por Enrique Barón, Acento editorial, Madrid, 1999, p. 47.

[20](#) Más detalles en Pérez, pp. 117-120.

[21](#) Tengo más tendencia a creer a Pérez, p. 16, que aunque más alejado en el tiempo, es más científico. En cambio, el italiano (en *Simolacro di Carlo Quinto imperatore* , Venecia, 1567, citado en Pérez, p. 146), posiblemente confunde el alemán con el flamenco.

[22](#) Ver Pérez, pp. 110-111 y Madariaga, p. 80 (con la reproducción del texto, pp. 138-143. Sobre esta escena y el uso del castellano por Carlos V, ver A. Morel-Fatio, en *Bulletin Hispanique* , tomo XV, 1913, pp.212-15. Afirmar como lo hace el autor que Carlos V sólo hablaba francés y español es un craso error, demostrado aquí, igual que la de Santa Cruz, en el sentido en que: “sabía la lengua flamenca, la italiana, la francesa y la española, las cuales hablaba tan perfectamente como si no supiera más que una”, según cita de Santa Cruz, en Madariaga, pp. 129-131).

[23](#) El mismo cronista francés Brantôme da el texto en español. Nada más para comparar lo incomparable: piénsese en el efecto que causó Kennedy, en los años sesenta, en plena guerra fría, exclamando públicamente “ich bin auch ein Berliner” en Alemana. Al igual que el caso de Carlos V: es la utilización estratégica del contraste entre lenguas, dentro de la diplomacia de alto poder.

[24](#) La afirmación es de Pérez, p. 96

[25](#) P. 8, en la obra teatral. Hay detalles sobre él en Madariaga, p. 166: también de él se castellanizó el nombre como “Molineo”.

[26](#) El título original de la obra es *Chevalier délibéré* . Ver Pérez, p. 25.

[27](#) Attali, p. 51: “Le vrai pays n’est pas celui où l’on naît, mais celui où l’on choisit de mourir”.

[28](#) Sacado de Pérez, p. 141. Carta desde Palamón, en español por supuesto, idioma de hogar en este caso y único que manejaba Felipe II.

[29](#) Se trata del Cardenal Granvelle. (Ver artículo “De nationale faam van Keizer Karel”, por Tom Verschaffel en la revista *Ons Erfdeel* , Bélgica, 5, noviembre-diciembre, p. 647).

[30](#) Me refiero por ejemplo a interesantes reflexiones sobre Carlos V en Barón, Enrique : *Europa en el alba del milenio* , Acento Editorial, Madrid, 1999.

[31](#) Historiador francés (1447-1511), nacido en Flandes (Commynes es el pueblo actual de Komen, cerca de Kortrijk o Courtrai, en francés), al servicio primero de Carlos el Temerario y después de su enemigo Luis XI.

[32](#) El hecho viene relatado por Pierre de Bourdeille, Seigneur de Brantôme, en *Les Vies des grands capitaines étrangers* y va citado por Pérez, p. 147.

[33](#) Para la historia y el uso de ese lema, recomiendo dos lecturas bibliográficas, de tiempos muy distantes. Por un lado, en la muy costarricense revista *Repertorio Americano* de 1929, aparece un artículo de Antonio Caso, especie de elucubración sobre esta frase y su significado desde tiempos de Pericles (la hermética divisa “Non plus ultra” sobre las columnas de Hércules). Sesenta años más tarde, a la hora del marketing y de la civilización de la imagen, Enrique Baron (en *Europa en el alba del milenio* , p. 46) estudia el manejo de ese símbolo dentro de la consciente creación asociativa entre el mundo imperial antiguo y el moderno sueño imperial de los borguiñones, especialmente en Carlos V. (Textos citados en bibliografía)

[34](#) Ver Brantôme, en la misma obra señalada más arriba, igual citado por Pérez, p. 147. Esta misma idea de que un hombre vale por tantos como idiomas maneja se encuentra no sólo entre los turcos -¡Carlos V aprendía de sus enemigos!- sino que se encuentra precisamente también en el idioma neerlandés: “men is evenveel keer man als men talen kent”.